





EL FIN DEL AYER



Ángel Lozano

EL FIN DEL AYER



Primera edición: octubre 2018

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Ángel Lozano

ISBN: 978-84-17362-94-2

ISBN digital: 978-84-17362-95-9

Depósito legal: M-20168-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para la gente noble de Titulcia



Cuéntame cuando vuelva a morir
si la vida escuchará mi grito
hirviente y aturdido
Montserrat Torres



*El miedo a la crisálida abogó tu hora
Preferiste ser oruga,
mariposa*



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Titulcia (provincia hispano-romana de Tarraco)
9-27 del mes de Juno, 216 d.C.

Titulcia (Comunidad de Madrid)
12-27 de junio de 2016

SEGUNDA PARTE

Titulcia (provincia hispano-romana de Tarraco)
28 del mes de Juno-5 del mes de Julio, 216 d.C.

Titulcia (Comunidad de Madrid)
27 de junio-6 de julio de 2016

TERCERA PARTE

Titulcia (provincia hispano-romana de Tarraco)
5-11 del mes de Julio, 216 d.C.

Titulcia (Comunidad de Madrid)
6-11 de julio de 2016

EPÍLOGO

Titulcia (provincia hispano-romana de Tarraco)
13 del mes de Julio-9 del mes de September, 216 d. C.

Titulcia (Comunidad de Madrid)
9 de septiembre-15 de noviembre de 2016



PRIMERA PARTE

Titulcia (provincia hispano-romana de Tarraco)

9 - 27 del mes de Juno, 216 d.C.

*

Titulcia (Comunidad de Madrid)

12 - 27 de junio de 2016



Titulcia, provincia hispano-romana de Tarraco

9, mes de Juno, 216 d.C.

La pequeña ciudad emergía de la boca de la noche como un vómito blanco y el sol de comienzos del mes de Juno dispersaba las tinieblas sobre el cerro esculpido contra la decreciente oscuridad como un gigantesco Hércules agazapado. Bandadas de alondras se alejaban en un vuelo frenético mientras, a lo lejos, los campos de cosecha habían cambiado ya hacía semanas el verde intenso de la primavera por el brillo dorado del trigo que empezaba a ser segado. Bajo la luz del sol naciente, el blanco marmóreo del palacio de Fabio Carpio refulgía sobre el color terroso de la piedra caliza y la suciedad de las casas que, arracimadas a sus pies, abrazaban el cerro y se agolpaban ladera abajo como si pugnaran por superar mediante su número el encumbramiento y la belleza de la imponente mansión de Fabio.

En las calles el bullicio no había cesado durante la noche como consecuencia de las idas y venidas de los carros con las mercancías que abastecían la ciudad, y en apenas una hora el foro iba a convertirse, como cada ocho días, en el centro de la actividad de una vorágine de mercaderes de esclavos, artesanos, vendedores de todo tipo de objetos y productos del campo, charlatanes, saltimbanquis, adivinadores, escribas que ofrecían sus servicios por unos cuantos ases, picapleitos que ensayaban en voz alta sus discursos para impresionar a una posible clientela, ociosos, buscavidas...

El palacio de Fabio Carpio, por el contrario, se encontraba envuelto en un silencio absoluto. Décimo Fabio Carpio, procurador de la ciudad hispana de Titulcia, había visto interrumpido su descanso nocturno —algo que, además de desagradarle solía provocarle un intenso dolor de cabeza que podía prolongarse durante el resto del día—, y ahora, malhumorado, se acariciaba la barbilla meditando el castigo que iba a imponer a aquel infeliz, un esclavo que, arrodillado y encogido de terror sobre las frías losas del suelo, escuchaba la acusación que el jefe de la patrulla nocturna vertía sobre él ante la atenta mirada de Paulo Josefo, comandante de su guardia personal.

La voz aguda del procurador rompió como un cuchillo helado la tranquilidad de la estancia que utilizaba como sala de audiencia:

—Abridle el vientre, Porcio, y recuperad lo que me ha quitado.

Paulo Josefo alzó la voz al escuchar la sentencia del procurador.

—Pero, Fabio, tan solo se ha comido una manzana...

—Una manzana de mi huerto, Paulo —lo interrumpió el procurador—. Del huerto del emperador, puesto que es a él a quien yo represento —y dirigiéndose a Porcio añadió—: Pero hacedlo despacio, no vayáis a malograr el fruto que ha tomado.

El desgraciado gritó y trató de levantarse, pero Porcio, el jefe de la patrulla, lo obligó a callar y arrodillarse con un terrible puñetazo.

—Y que mis bailarinas dancen mientras tanto para él a fin de dulcificar su agonía, no vaya a decirse que Fabio Carpio no es compasivo.

Hizo un enérgico movimiento con la cabeza y los soldados izaron al esclavo y se lo llevaron entre imprecaciones, súplicas de piedad y maldiciones contra quien lo había sentenciado.

—¡Josefo, no te vayas! —ordenó Fabio.

Paulo Josefo se dio la vuelta y retrocedió hasta detenerse a unos metros de la *cathedra*, la silla para audiencias de la que acababa de levantarse el procurador.

—Mi fiel Paulo... Te parezco cruel, ¿no es cierto?

Josefo no respondió. Fabio Carpio, corto de estatura, de tez aceitunada y rostro afilado, nariz recta y menuda flanqueada por dos pómulos prominentes, ex legado de la Legio Secunda Adiutrix en Aquincum, Panonia, cumplía los designios del divino emperador Septimio Severo, muerto ya y padre del actual, Marco Aurelio Severo Antonino Augusto —llamado por la posteridad Caracalla—, dirigiendo el rumbo de la ciudad de Titulcia después de una vida entera al servicio de Roma. Perteneciente a la antigua *gens* Fabia, una de las tribus originarias de las siete colinas a orillas del Tíber, había entrado como équite a formar parte de la caballería del ejército siendo un adolescente, como era costumbre entre las familias patricias, distinguiéndose desde muy pronto por su valor en cuantas campañas había tomado parte. Después, había ido ascendiendo entre los diversos grados de la milicia hasta alcanzar el grado máximo de legado, general, de la mano de Septimio Severo tras haberlo servido en su lucha por el trono imperial, primero en aquellas inhóspitas tierras contra las legiones de Pescenio Níger, y posteriormente en la Galia contra las de Clodio Albino.

—¿Sabes, viejo amigo? —continuó Fabio, acercándose—. Creo que Hispania te ha ablandado. La tarea de un procurador no siempre resulta grata, como tampoco lo era la del legado, ya que al tiempo que ha de impartir justicia con

unos ha de dar escarmiento a otros —Apoyó la mano sobre el hombro de Josefo y sonrió, benevolente—. ¡Ah, Paulo, Paulo! Jamás cambiarás... ¡Tan certero en el manejo de la espada y tan torpe después de envainarla!

—Yo sólo soy un soldado que vive para servirte, Fabio.

Fabio Carpio asintió.

—Lo sé, mi buen Paulo, no necesitas repetírmelo una y otra vez. Dime —cambió de tono Fabio—: ¿Se ha despertado ya mi dulce Hesíone?

—Sí, Fabio.

—Que me la traigan antes de su baño. ¿Has visto qué día tan hermoso? —dijo señalando hacia los ondulantes cortinajes, blancos y dorados, que colgaban desde el techo hasta el suelo, más allá de los cuales se adivinaba a lo lejos el lento discurrir del río *Sarama*, que regaba la vega tras descender serpenteando por entre las colinas dominadas por el cerro—. Hoy me siento con ánimo.

Josefo inclinó la cabeza y saludó al modo militar antes de retirarse.

—Se hará como deseas, Fabio.

Fabio Carpio vio marcharse a su lugarteniente y, al fijarse en la seguridad de su paso, obra de unas piernas firmes y poderosas como columnas, que soportaban una espalda ancha y robusta, no pudo evitar sentir una punzada de envidia. ¡Qué sencillo resultaba todo para un subordinado! En cambio para él, que debía gobernar, ni la guía y la protección de todos los dioses juntos eran suficientes. Porque era él quien gobernaba, no aquel rebaño de ancianos afeminados que constituían el senado local, acostumbrados a esconderse en cada uno de sus actos tras la protección que sus riquezas y sus túnicas les otorgaban.

Fabio Carpio sentía devoción por Josefo y su fidelidad inquebrantable después de tantos años dedicados a imponer por las armas la gloria de Roma. Sabía que el camino de su amistad con su lugarteniente no había sido fácil para éste. En el ejército se formaban bandos constantemente, se establecían alianzas con los enemigos y abundaba la traición. Pero Josefo nunca había dudado de qué lado debía estar, ni siquiera en el difícil momento en que Antonino, el actual emperador, había pugnado con su hermano Geta por el trono imperial a la muerte de Septimio Severo, quien los había nombrado césares a los dos en la vana esperanza de que gobernasen juntos el imperio. También en esa difícil encrucijada, cuando Fabio optó por defender las pretensiones de Antonino ante su hermano, Josefo no lo dudó aun cuando las promesas de Geta fuesen más tentadoras para los soldados que las de quien sería finalmente el César.

«Tal vez ser subordinado no resulte tampoco una tarea tan sencilla» —se dijo con admiración hacia su antiguo primer centurión en la *Adiutrix*.

Por otra parte, cuando en ocasiones pensaba en su nombramiento por Septimio Severo como procurador de aquella pequeña ciudad, se daba cuenta de que también tras esa decisión había preferido Josefo conservar unidos sus destinos cuando podía haberse quedado en Italia gozando de las delicias de un merecido retiro, o haber creado su propia familia y haberse establecido como veterano en cualquier otro lugar, pues a pesar de los sencillos placeres de los que como procurador había sabido rodearse en Titulcia —el teatro, la caza y los combates de gladiadores en el circo— de poco más podía gozarse en aquella tierra perdida en la vasta meseta central de Hispania.

Este era un pensamiento que lo asaltaba a menudo: ¿no habría sido la intención del emperador alejarlo de Roma con el pretexto de su nombramiento para aquel alto cargo? Él era un hombre querido y añorado por sus soldados, y aunque jamás se le habría ocurrido conspirar contra el César, tal vez éste no estaba tan seguro de que siempre habría de ser así. Tanto Níger como Albino, amigos de Septimio Severo desde la infancia y compañeros durante la permanencia de los tres en la milicia, lo habían hecho en cuanto el objeto de la disputa fue algo tan goloso como el trono imperial. Ciertamente que él había expresado al entonces general Severo su deseo de vivir en Hispania, desde que en su juventud había viajado a ella en una ocasión acompañando a su padre, pero sin duda el recién nombrado emperador había sabido contentar al amigo al tiempo que apartaba de su lado al potencial enemigo. En todo caso no debía quejarse, pues había salido mucho mejor parado que otros, quienes después de haber prestado servicios comparables a los suyos habían recibido como premio el patíbulo durante las ejecuciones masivas que, a su muerte, siguieron a la proclamación como emperador de su hijo Antonino.

La llegada de Hesíone, acompañada de Valeria, su asistente particular, sacó a Fabio de estas elucubraciones y, sentándose en la cathedra, tendió la mano a su esclava para que se acercara.

—Mi bella y adorada Hesíone —dijo, adulador, aunque sincero—, flor predilecta del jardín de Venus... Ven, siéntate a mi lado para que pueda contemplarte.

Valeria se apartó con una reverencia y se aproximó a una mesa baja de madera, donde sirvió vino en una fina copa de jade y la acercó al procurador, que ya había extendido su mano para cogerla, antes de apartarse de nuevo.

Hesíone se sentó a los pies de Fabio. Había tristeza en su rostro, de líneas marcadas pero delicadas y de ojos redondos y azulados, como luceros brillando en una estancia a oscuras.

—¿Otra vez me rehúyes? —exclamó Fabio levantándola y atrayéndola por el brazo—. Sigues queriendo castigar mis atenciones hacia ti con esa indife-

rencia que sabes que no puedo soportar... —Fabio deslizó con delicadeza sus dedos por un mechón del negro cabello de Hesíone, recogido en un gran moño circular por detrás de su cabeza y que le daba un aspecto no de esclava, sino de elegante dama romana—. Dime: ¿por qué me odias tanto?

Hesíone bajó su mirada.

—Una esclava obedece porque es su obligación, pero en la libertad de su corazón sólo puede odiar.

Fabio tendió su copa a Valeria, que la recogió con prontitud y volvió a dejarla sobre la mesa.

—¡Por los dioses! ¿Otra vez con eso? Tú no eres mi esclava, aunque a los ojos de todos te tenga como tal. ¿O crees que una esclava sería la reina de este palacio? No, mi pequeña ninfa. Es mi corazón el que es esclavo del tuyo.

Fabio tomó entre sus dedos el bronceado mentón de Hesíone y lo levantó, obligándola a fijarse en sus ojos endurecidos, aunque locos por expresar ternura.

—¿No comprendes cuánto te amo?

Hesíone sostuvo en silencio aquella mirada y pareció dudar al aceptar quizá al fin que lo que Fabio Carpio decía era cierto. Ella era la esclava, sí, pero era él quien tenía el alma sometida, entregada a su capricho por el embriagador pero venenoso aliento de Venus. ¿Qué ocurriría si ella al fin se decidiera, si tan solo se atreviera...?

Recordó a su madre, las palabras con que tantas veces la había reprendido cuando, llevada por su rencor hacia el legado, juraba que algún día lo mataría:

—Hija —le decía entonces con una severidad lejana de la dulzura con que solía tratarla—. Nunca olvides de dónde te sacaron las manos que tanto ansías cercenar.

Pero Hesíone no era su madre y no tenía por qué comprender. Apartó de su recuerdo aquellas palabras y, desafiando la mirada del procurador, le espetó con altiva resignación:

—Comprendo que mi deber es servirte, pues tú eres mi señor.

Fabio dio un respingo y se levantó con brusquedad, colérico.

—¡No, no, no...! ¡No tienes que servirme, sino amarme, por Júpiter! —bramó. Luego despidió a Valeria con un gesto y respiró hondo antes de arrodillarse a los pies de su esclava.

—¿Tanto me detestas? ¡Dime! ¿Por qué? ¿Qué mal te hice? ¿Cómo puedo ganar al menos tu gratitud, ya que tu corazón me está prohibido?

—Mi gratitud hacia ti es eterna, dómine.

—¿Entonces?

—Una rosa no puede crecer donde pisotean los caballos.

Fabio hizo una mueca de dolor y se recostó apartándose de ella, como si de pronto le desagradara su tacto.

—Ingrata... —masculló—. ¿Acaso preferirías seguir siendo objeto de diversión de los soldados en el prostíbulo del que os rescaté a ti y a tu madre?

Hesíone apartó su mirada de los ojos de Fabio Carpio y dejó que se perdiera por encima del hombro de éste.

—Olvidas que teníamos una casa, campos, esclavos... —se lamentó—. Roma nos lo arrebató todo.

—Roma, dices bien; no yo —se rebeló Fabio.

—¿Qué más da que el nombre del verdugo sea uno u otro? Fueron las legiones de Roma, las mismas que tú comandabas.

—Tu padre se equivocó apoyando a Níger en lugar de a Severo —replicó Fabio—, y Roma no perdona a quienes la traicionan.

Hesíone giró la cabeza y clavó sus ojos encendidos de odio en los de Fabio.

—¿A quienes la traicionan? Níger podía haber sido tan César como lo fue después Severo si hubiera salido vencedor en la lucha, y entonces serías tú quien arrastraría hoy su cuerpo en una mina, cubierto de pústulas y suplicando a la parca que sus días se acabaran.

—¡Basta! —cortó Fabio incorporándose de nuevo—. ¡O te haré azotar aunque el fuego del arrepentimiento me torture después hasta la muerte! —cogió con una mano la mandíbula de Hesíone y la apretó con fuerza— ¿Fabio Carpio arrastrándose? ¡Los dioses no lo permitirían! —acercó los labios al rostro de su esclava y la besó en la boca. Hesíone no reaccionó, y él pensó en buscar con su lengua, pero aquella era una cavidad fría, muerta, vedada para él por mucho que su aliento le llegase perfumado y caliente.

Se apartó para no dejarse dominar por la excitación que había empezado a inundarlo.

—¿Qué extraño designio, bella Hesíone! ¡El todopoderoso Fabio Carpio, que con sólo levantar un dedo ostenta derecho de vida y muerte sobre cuantos lo rodean, nada puede hacer por conseguir lo único que su corazón anhela!

El procurador colocó su mano sobre uno de los pechos de Hesíone y dijo con cinismo mientras comenzaba a acariciarla:

—Dime, mi flor adorada: ¿por qué no eres feliz?

Hesíone lo miró con displicencia y no contestó. Fabio rompió a reír a carcajadas.

—Lo serás tarde o temprano, te lo prometo —sentenció—. Por mi amor o por mi espada, pero juro por la gloria de Juno que algún día lo serás.

De un salto se levantó y tiró de una gruesa borla que colgaba del techo. Casi al instante entró Valeria.

—Llévatela y báñala. Hoy quiero que asista a mis despachos.

Hesión se levantó también y ambas hicieron a un tiempo una inclinación reverente y se dieron la vuelta para abandonar la estancia.

—Y haz venir al joven Alceo. Antes he de aplacar este ardor que me consume por dentro.



Titulcia, Comunidad de Madrid

10 de junio de 2016

Abel Diz se incorporó despacio y permaneció sentado durante unos minutos en el borde de la cama, aturdido. Un relámpago de dolor le atravesó la cabeza y se dio cuenta de que había sido un estúpido. ¿Por qué bebía cuando no podía dormir? ¿Por qué se empeñaba en destruirse cuando lo que deseaba era justo lo contrario, rehacer su vida, empezar a vivir?

Se levantó dando tumbos. Separó las lamas de la persiana y un fognazo lo obligó a entornar los ojos, cegados por el lacerante sol de la mañana. ¿Qué hora era?

Volvió a repetirse a sí mismo que por más que bebiese su mujer no iba a regresar. Desde que lo había abandonado, hacía ya dos años, era consciente de que vivía dominado por ese deseo aunque en su comportamiento ante los demás tratase de aparentar lo contrario. Tal vez ella comprendería un día que sin él...

Regresó a la cama y se tumbó boca arriba sobre las sábanas, sintiéndose ridículo como cada vez que aquella absurda esperanza se materializaba en su pensamiento, y se giró dando la espalda a la ventana, primero con un fuerte impulso y después muy despacio, al sentir cómo el relámpago de dolor volvía a golpear sus sienes.

Ahora estaba solo y no tenía sentido engañarse. ¿Aún la quería? Seguro, tanto como el día en que ella le dejó aquella escueta nota en que se limitaba a decirle que había tomado la decisión de dejarlo para «reanudar su vida» sin darle ninguna otra explicación —como si él no hubiese sido más que una interrupción momentánea en su trayecto vital, un paréntesis que no hubiese dejado huella alguna—, o como el día en que, hacía cinco años, había jurado ante un altar unir su vida a la de él para siempre. ¿Y ella? ¿Lo había amado? Estaba convencido de que sí, no era preciso repasar los momentos particulares ni volver a evocar la intensidad con que habían llegado a ilusionarse por todo, con que habían emprendido juntos hasta la más minúscula tarea de su vida en común.

¿Qué había fallado entonces? ¿Por qué se había ido? Muy sencillo: porque ella nunca había entendido su pasión por la música. La había aceptado, sí, pero no había acabado de digerirla, de hacerla también suya como algo que era de los dos, y debía de haber pensado erróneamente que, con el tiempo, él acabaría por relegarla a un segundo plano y cederle su lugar para que ella lo ocupase.

Pero un músico nunca se comportaría de ese modo, al menos no uno como él. La música corría por su sangre, y plantearse vivirla sin la intensidad que ella pretendía habría sido como pensar en mantenerse en pie después de haberse vaciado las venas.

Sintió la boca seca. Debía aprender a cortar con el pernicioso hábito de recordar; la bebida no servía para ayudarle a construir nada en el presente y sólo le hacía daño. Y si no conseguía conciliar el sueño aprovecharía para componer. Porque eso era lo que deseaba por encima de todo: componer. Él no era un simple intérprete, un músico al uso, era un creador, y dos años de su vida tirados a la basura desde que se había quedado solo, sin otro impulso que alimentar la llama de un sueño imposible, pesaban ya demasiado. Porque la conocía y sabía que no iba a volver, y menos después de transcurrido tanto tiempo. A su manera, ella había buscado apartarlo de lo que realmente era: no conforme con ser la primera en su alma para él, había intentado ser la única, y había fallado. No era cuestión de segundas oportunidades. De modo que tenía que tomarse las cosas de otra manera. Ahora no cabían excusas. ¿No era eso, además, lo que alguien, un desconocido, esperaba de él? ¿Y no había empezado incluso a pagarle por adelantado para que lo hiciese?

El encargo le había llegado por correo mediante una misteriosa carta hacía poco más de una semana. Se le encomendaba componer una obra extensa que debía estar dedicada a la localidad de Titulcia. La forma musical empleada y sus dimensiones quedaban a su elección, con tal de que exaltase el glorioso pasado y la historia, ya perdidos, de la que un día había sido una importante ciudad romana.

Tuvo que leer el texto varias veces para llegar a comprender que aquel era en la actualidad el nombre de una pequeña población al sur de Madrid, casi lindante con la provincia de Toledo, y aunque en un principio pensó que debía de tratarse de una broma sin gracia alguna o de un error, el generoso cheque a su nombre que lo acompañaba lo disuadieron cuando, al día siguiente, una visita al banco le demostró que era un encargo en toda regla.

¿Una obra dedicada a una antigua ciudad llamada Titulcia, hoy una pequeña localidad desconocida de Madrid por lo que supo en sus primeras averiguaciones? ¿Quién podría tener interés en que se escribiese algo así? ¿Y por qué se la encargaban a él, Abel Diz, compositor frustrado y violinista del montón? ¿Era pura casualidad o lo conocería el autor del encargo?

La letra del cheque, limpia, metódica, redondeada e inclinada hacia adelante, no le sugería nada. Tampoco el contenido de la carta, carente de detalles, en el que por toda indicación se le daba un plazo de un año para realizar la composición. En compensación, recibiría cada mes mediante transferencia la cantidad de dos mil euros, importe que iría de trayéndose del total de cincuenta mil que se le ofrecían por la escritura de la obra.

El encargo, de ser cierto, y todo apuntaba a que lo era, resultaba más que goloso para un simple profesor de academia como él, y a su regreso del banco buscó datos en internet sobre aquella ciudad, que, aunque muy escasos, resultaron estimulantes. Según descubrió, se trataba en efecto de una antigua población romana llamada de igual modo y cuya ubicación resultaba discutida, ya que si bien unos —los menos— la asociaban con su actual emplazamiento, la mayoría la situaban en otros lugares —no todos cercanos siquiera entre ellos—, correspondientes a distintos enclaves actuales, y había quien incluso llegaba a ubicarla en una Comunidad distinta de la de Madrid.

Aquel comienzo, de todos modos, representaba un futuro distinto, prometededor, al menos a medio plazo, y durante toda la tarde se dedicó a navegar por la red a la búsqueda de información respecto a la olvidada ciudad. Supo entonces que la Titulcia actual no era más que un pequeño pueblo que se encontraba edificado sobre la loma de un cerro elevado, perforado por cuevas naturales, el cual caía a pico por el otro lado sobre el río Jarama a un kilómetro de la confluencia en él de su afluente, el Tajuña. Originada en un asentamiento carpetano, aspecto éste sobre el que sí había unanimidad entre los eruditos, había sido mencionada por Ptolomeo entre las dieciocho ciudades carpetanas más importantes en el momento de producirse la conquista romana —aunque Plinio, la fuente más fiable, no la nombraba—, apareciendo como un señalado cruce de caminos entre las vías veinticuatro y veinticinco, dos importantes itinerarios entre Emérita Augusta y Cesaraugusta, las actuales Mérida y Zaragoza. Ya en la Edad Media, se la vinculaba a la Orden del Temple, que se decía había construido en aquel lugar una cueva artificial en planta de cruz griega cuya auténtica finalidad no se demostraba, y que en la actualidad se encontraba derruida debido a una interminable sucesión de hundimientos ocasionados por su abandono. Por fin, la población había quedado arrasada durante la guerra civil tras la batalla del Jarama, que había visto librar sus más duros combates en aquella comarca. Y había sido esta cueva el único elemento que en los últimos años del siglo pasado había atraído la atención de algunos investigadores esotéricos, que la habían popularizado mediante sucesivas menciones en radio y televisión, así como mediante la práctica de experiencias durante las cuales se habían registrado en ella supuestos fenómenos paranormales.

Abel Diz no dejaba de sorprenderse de lo que leía. ¿Cómo era posible que durante el tiempo que llevaba viviendo en Madrid desde que en su adolescencia se había trasladado allí para estudiar en el conservatorio no hubiese oído nombrar siquiera aquel enclave? Aficionado a la historia e interesado tanto por los vestigios del pasado que salían a la luz en un sitio u otro como por las cuestiones esotéricas —sin llegar a creer del todo en ellas tampoco las negaba con rotundidad—, creía haber llegado a conocer, al menos de oídas, los rincones de la Comunidad que ofrecían mayor interés.

La excitación apenas lo había dejado dormir aquella noche. En su visita al banco había comprobado la seriedad y la firmeza del encargo al cobrar una parte del cheque y dejar el resto en una cuenta abierta a su nombre, aunque no había conseguido obtener información acerca de su supuesto mecenas.

—Lo siento, señor Diz —se había desentendido una y otra vez el empleado por más que él argumentó e insistió—. No estamos autorizados a facilitar esa clase de información.

Esa misma tarde, casi sin ser consciente de lo que hacía, condujo hasta Titulcia, y ahora, poco más de una semana después, acababa de instalarse allí tras alquilar una pequeña vivienda a las afueras del pueblo, en la base del cerro, donde éste se allanaba para fundirse con la vega que se extendía hasta el margen del río Tajuña.

Todavía recordaba, y sabía que iba a recordar siempre, la impresión que le había producido la vista de aquella mole natural por primera vez, cuando tras unos veinte minutos de autovía y otros diez siguiendo una carretera que bajaba desde un alto, su silueta se perfiló a lo lejos en mitad de un extenso páramo como un gigante agazapado, mostrando el cortado sobre el río, de un color grisáceo, como si en lugar de estar hecho de roca estuviese conformado por tierra quemada y ceniza, y dejando ver después, según iba rodeándolo al acercarse a la población, las construcciones que surgían agrupándose hacia arriba a lo largo de su vertiente para cubrirlo con un manto de casas apretadas, como gigantescas lapas artificiales.

Pero lo que más lo sorprendió, porque lo hizo estremecerse según cruzaba el puente sobre el Jarama y se acercaba con el coche a aquella montaña de apariencia dormida, fue la atracción que experimentó hacia ella, la cercanía que le inspiró su contemplación, que llegó a manifestarse incluso físicamente en la forma de un cosquilleo en las piernas y en los brazos, provocándole una sensación que, sin ser desagradable, le resultó incómoda, como si un una efervescencia interior de origen desconocido tomase cuerpo dentro de él y pugnase por manifestarse.

Sin entender demasiado del asunto, se dijo que por su emplazamiento y por la orografía del terreno, en un lugar de dominación estratégicamente privilegia-

do, sí podía tratarse de un antiguo enclave romano, como era admitido que lo había sido carpetano, y con esta idea bullendo en su cabeza se encontró ante la clara inmensidad de su plaza mayor, desproporcionada para una población de un tamaño tan reducido, tras lo cual se dedicó a deambular sin prisa por sus calles empinadas y sinuosas bajo la mirada indiferente de las cuatro o cinco personas con las que llegó a cruzarse y el estruendo producido por el canto de las cigarras, que sonaba enfebrecido surgiendo de todas partes.

Aquel sonido, convertido en el del despertador, lo golpeó con un doloroso martilleo, y al darse cuenta de que seguía tumbado en la cama fue consciente de nuevo del lastimoso estado en que se encontraba. ¿Por qué había querido madrugar? ¿Qué prisa tenía? Después de un día entero dedicado a adecentar la parte de la casa en que pensaba instalarse y a ordenar la ropa y los escasos libros y partituras que había llevado, había decidido comenzar a trabajar ya al día siguiente, desde muy temprano; pero, pensándolo bien, ¿qué le impedía tomárselo con calma?

Había dormido mal, no sólo como consecuencia del vino que había ingerido, sino a causa del nerviosismo con que se había acostado, fruto de su impaciencia, que lo había llevado a verse agitado por la visión de un desfile de objetos antiguos, romanos, que pasaban borrosos ante él y que después se convertían en ruedas que daban vueltas y se superponían en un torbellino cambiante. Luego había visto el cerro oscurecido, que se recortaba como un firmamento estrellado, como si estuviese dibujado sobre él, sin un espacio en medio entre el cielo y la tierra. Entonces se había sorprendido al verse desnudo en lo más alto, al borde de la cornisa, y tras besar aquel cielo con la punta de los labios —un cielo que había resultado acuoso, como la superficie de un estanque, pues había visto surgir de él círculos de olas concéntricas que iban ensanchándose despacio—, había cogido una estrella y se la había metido en la boca. Después, ruedas otra vez, y vino que caía, cántaros y ánforas que se volcaban tiñendo el suelo de un vivo color rojo que al pisarlo resultó no ser vino, sino sangre.

Recordó que el ladrido insistente de un perro a lo lejos lo había despertado y había ido al baño, donde había abierto un grifo, pero no era agua lo que había salido de él, sino sangre de nuevo...

Se tapó la cabeza con la almohada, presa de un sentimiento contradictorio, pues al tiempo que era incapaz de poner un pie fuera de la cama sentía como si una fuerza interior lo empujara a levantarse. ¿Era el acicate del dinero que había recibido junto con la promesa de continuar recibéndolo con puntualidad mientras estuviese dedicado a aquel trabajo? Podía ser, aunque sospechaba que provenía de algo más difícil de identificar, menos consciente, similar a lo que había sentido cuando había compuesto su *Partita para violín solo en Re mayor* como

trabajo de fin de carrera, pero a la vez muy distinto, porque aunque se trataba de una fuerza que surgía de él mismo percibía cómo su impulso venía también de fuera, de lo que fuese que había provocado en él aquel incómodo cosquilleo, tal vez de aquel cerro, o de aquella tierra.

Espoleado por la premura que esta sensación le infundía trató de incorporarse, pero un pinchazo en la parte posterior de la cabeza lo convenció de que lo más aconsejable era continuar acostado. Ya habría tiempo de ponerse en marcha. Ahora lo primero era recuperarse, dejar que aquel océano agitado que lo zarandeaba se calmase. Y la repentina percepción de su garganta seca y acartonada lo convenció de que lo que realmente deseaba no era comenzar a trabajar, sino algo tan prosaico como permanecer en la cama y abandonarse a aquel estado, durase lo que durase, sin pensar en nada más.